

Hace un siglo, el 14 de mayo de 1923, según consta en el certificado oficial, los abuelos Pedro e Ildelfonsa contrajeron matrimonio *in extremis*. El abuelo había llegado años antes a Los Andes desde *Humbur*, antiguo Reino de Holanda. El día de la boda, por un error de transcripción, se agregó una *T* adicional a nuestro apellido y así nació la saga de los *Mattié de Humbur*, hoy numerosa. La Iglesia católica aprobó el enlace, por lo que es de suponer que el abuelo no profesaba la religión de Calvino y, siguiendo el *Génesis*, sus hijos y nietos crecieron y exponencialmente se multiplicaron.

En Madrid, 14 de mayo 2023

Somos una especie en viaje, no tenemos pertenencias sino equipaje (...). Nunca estamos quietos, somos trashumantes. Somos padres, hijos, nietos y bisnietos de inmigrantes.

Jorge Drexler. *Movimiento*.¹

A Diego, fotógrafo de *Humbur*

La familia de mi madre, como sabemos, convivía a diario con sus antepasados y los bisabuelos, abuelas, tíos y tías que habían muerto hacía décadas desandaban por la casa de Belén a toda hora, siete días a la semana, principalmente los domingos por la tarde en los años bisiestos. Cuando eran útiles y necesarios, acudían de inmediato para recordarle a la abuela una antigua receta de cocina olvidada, el remedio para el reumatismo, la oración precisa en las tribulaciones o cierta fecha histórica que no

¹En:

<https://www.youtube.com/watch?v=IIGRyRf7nH4&list=RDIIIGRyRf7nH4&index=1>

atinaba el abuelo. Era, en realidad, una familia muy narrativa, donde todo tenía historia y trama; es decir, comienzos y desenlaces, aunque después de la muerte las cosas siguieran como si nada. La pasión por los antepasados, además, felizmente se heredaba.

En la familia de mi padre, las costumbres eran distintas. Les gustaba más hablar de los vivos al atardecer, cuando refrescaba en el pueblo y los vecinos se sentaban en la calle a conversar después de cenar; comentaban acontecimientos cotidianos y las noticias que traían los amigos que llegaban de la frontera, hasta que ya entrada la noche algún atrevido pretendiente de las primas se acercaba con un cuatro y se animaba a cantar. En aquellos tiempos, la frontera era más bien imaginaria, un paso por donde transitaban sin parar el contrabando y la necesidad. Cuando íbamos de vacaciones en agosto a visitar a la abuela Carmen, era difícil saber si estábamos en Venezuela o en Colombia, aunque a mi madre le disgustaba mucho que regresáramos a Mérida con problemas de identidad y se encargaba personalmente de desaparecerlos pronto.

La memoria ancestral de la familia de mi padre, en fin, no era muy vasta que digamos; de los antepasados no se sabía prácticamente nada, como si no hubieran existido jamás. De vez en cuando, no obstante, asomaba tímida y cautelosamente la

figura imprecisa del padre de la abuela, sin nombre ni rostro -ni una descolorida fotografía siquiera-, de quien se suponía nada más un difuso origen francés por su apellido.

II

Hace varias semanas, sin embargo, cierto desasosiego ancestral comenzó de repente a invadir mi espíritu, en medio del confinamiento por la pandemia del Covid. Así que, una vez más, tuve que reconocer que a estas *Memorias del Jabalí* les faltaba algo -como ha sucedido desde que empecé a escribir los relatos hace veinte años-, hasta que una noche, a través del silencio impuesto por el toque de queda en Madrid, advertí la abismal ausencia del abuelo. El asunto era difícil, pero estaba dispuesta, inclusive, a inventar una historia como Dios manda: la de un joven inmigrante, el soñador aventurero que me legó la inexplicable vocación de anhelar siempre vivir en el extranjero. Antes de dar rienda suelta al cuento, no obstante, tomé la prudente decisión de pedirle a mi hermana Noria que intentara averiguar algo al respecto, por si acaso algún primo mayor conservara un documento que facilitara una pista o un hilo por donde seguir. Ella preguntó en el grupo de *wasap* de la familia y al parecer nadie sabía nada.

Mientras tanto me dediqué a explorar el falso rastro que llevaba por el camino francés. Se suponía -sin base alguna, en realidad- que el apellido original del abuelo era *Mathieu -Mateo, don de Dios-*, el cual simplemente se había *venezolanizado* un buen día en algún registro civil de un pueblo perdido en la frontera. Así pues, la búsqueda *on line* me llevó directamente a una pequeña comunidad de setecientos sesenta habitantes en el Valle de Susa de la región de Piamonte en Turín, cuyo nombre es *Mattie*, palabra que en el lenguaje francoprovenzal arpitano de los Alpes se pronuncia *Màtie*; un *arpitano*, además, es un pastor de las montañas. Me pareció sugerente, entonces, la hipótesis de que el abuelo quizás había nacido en alguna aldea alpina entre Francia e Italia; un joven y sonrosado *arpitano*, hijo de pastores, que una mañana, tal vez en Génova o en Marsella, subió de polizonte a un buque y meses después desembarcó en Puerto Cabello o en La Guaira, se instaló en los Andes por nostalgia, encandiló a la abuela Ildefonsa con sus modales y su porte y formaron al final una familia, nuestra familia. Imaginé también que, por alguna circunstancia adversa e imprevista, regresó a su tierra natal y no pudo volver a Venezuela.

III

Mientras buscaba una oportunidad de escaparme a Turín con Carmen, evocar a Natalia Ginzburg y a Primo Levi en sus calles y darnos un paseo por *Màtie*, me envió mi hermana una copia que había recibido al fin de un viejo y deteriorado documento, acompañado de una transcripción y una hoja de cuaderno escrita a mano en la sacristía de una iglesia dedicada a San Juan. Una aparición fantástica gracias a las pesquisas de mi hermano Nelson, sin duda, aunque la hipótesis alpina y la excusa perfecta para viajar a la preciosa Italia se fueran juntas al traste.

Se trataba, ni más ni menos, que del acta oficial de matrimonio, en *artículo mortis*, entre Pedro Matie, hijo de María Matie, agricultor de 50 años y natural de *Humbur* en el vecino Reino de Holanda e Ildefonsa Alvarez, de 35 años, ocupada en oficios domésticos, hija del finado Alejandro Alvarez y de Candelaria Colmenares, natural de San Cristóbal y en peligro inminente de muerte. Probablemente una triste, luctuosa y solitaria ceremonia efectuada en la mañana del día 14 de mayo de 1923, en la casa de habitación de un señor de nombre Antonio Delgado, lugar al que se habían trasladado el Presidente y el Secretario de la Corporación Municipal para legitimar más de doce años de unión entre los contrayentes.

Ahora sí parecía posible aclarar algunas dudas sobre el origen de la familia, poniendo término sobre todo a las especulaciones sin fundamento y a los falsos rumores que habían prevalecido durante cinco generaciones. El acta de matrimonio permitía demostrar, por ejemplo, que el abuelo Pedro había nacido en 1873 en algún lugar de este mundo llamado *Humbur* y la abuela Ildelfonsa en la frontera con Colombia, quince años después. Posiblemente su nombre real era Peter, un hombre rubio de ojos verdes -como su tataranieta Manuela y tantos otros de sus descendientes-, cuya lengua materna sería el *neerlandés* o el *papiamento*, dado que por “vecino Reino de Holanda” se entiende una amplia región que incluiría Países Bajos en Europa y Aruba, Bonaire, Curazao y San Martín en el Caribe, colonias holandesas hasta 1954 cuando pasaron a formar parte, junto a Surinam, del llamado Reino de los Países Bajos, un territorio autónomo finalmente disuelto en 2010. El *papiamento* -de *papear*, que significa peyorativamente tartamudear, hablar sin sentido, tontería- se habla en las Antillas desde el siglo XVIII; no se sabe si procede de África o se desarrolló como un medio de comunicación entre españoles y nativos en la época colonial, aunque contiene influencias del castellano, portugués, inglés, neerlandés y de lenguas africanas. Se cuenta que el primer texto que se conserva es el fragmento de una carta de amor escrita en

1775; muy romántico, sin duda, pero el apellido *Matie* no suena a *papiamento*.

Seguía siendo imposible, sin embargo, averiguar cuándo y en qué circunstancias llegó el abuelo a Venezuela, viniera de donde viniera; el único indicativo era solo la fecha de nacimiento de su hija, la madre de mi padre. Así que mi hermana mandó un nuevo mensaje al *wasap* de la familia, sin mucha suerte porque al parecer nadie conocía con exactitud el dato. Hasta que un día me envió la fotografía de otro antiguo documento que, sorpresiva e inexplicablemente, había encontrado mientras seleccionaba papeles para tirar a la basura; en una vieja carpeta, pues, apareció una copia del acta de nacimiento de la abuela el 22 de marzo de 1912 en la aldea andina Caño de Guerra, hija ilegítima de Ildelfonsa Alvarez de 24 años de edad. Incluía, además, una nota para certificar que, mediante el matrimonio efectuado el 14 de mayo de 1923, Pedro Matie legitimó a sus tres hijos: Ildelfonsa, Antonio y María del Carmen *Mattié*. Es decir, el mismo día que los abuelos se casaron por *artículo mortis*, el apellido *Matie* se transformó en el arpitano *Mattié*, por obra y gracia de la persona que transcribió el acta en la oficina del Registro, tal como lo hemos heredado los demás, sin otro misterio. La tía abuela Ildelfonsa murió en 1946, Antonio en 1947 y la abuela Carmen en 1980, según consta en una lápida del cementerio en su pueblo.

Con toda seguridad, pues, se puede afirmar que al menos en 1911 el abuelo Pedro, de 38 años, ya residía en Venezuela.

Mientras mi hermana continuaba sus averigüaciones, dos años más tarde Nelson le envió desde Chile una copia que había encontrado del manuscrito del Acta de Defunción del abuelo, según declaración de su esposa Ildefonsa, quien finalmente no había muerto en 1923. Según consta oficialmente, entonces, Pedro Mattie -esta vez escrito así-, de 54 años de edad, jornalero y natural de *Humbur* en el Reino de Holanda, murió el 12 de noviembre de 1927 a las diez de la noche, en algún lugar del Municipio Colón del Estado Táchira, donde residía desde hacía 17 años; es decir, desde 1910. Constaba, asimismo, que no dejaba bienes y que tenía cinco hijos menores: Carmen, Eleuteria, Antonio, Candelaria y Alejandrina; la tía Ildefonsa no aparece aquí como tal. Los abuelos vivieron juntos, pues, al menos 16 años, hasta que la muerte los separó

IV

El Reino de Holanda fue un Estado satélite instaurado en 1806 por Napoleón Bonaparte para controlar los Países Bajos y otorgar el poder a su hermano Luis, en medio de la campaña europea de ocupación; se disolvió en 1810, cuando el territorio fue anexado a

Francia hasta el año 1813. Más adelante, entre 1815 y 1830, recibió el nombre de Reino Unido de los Países Bajos; es decir, en 1923, cuando los abuelos contrajeron matrimonio, el Reino de Holanda oficialmente no existía como tal; por tanto, el lugar de origen del abuelo Pedro citado en el acta, es una ficción.

Los inicios del siglo XX fueron poco propicios para el arribo de inmigrantes a Venezuela, y menos del *Reino de Holanda* o de *Humbur*; en realidad, las relaciones entre Venezuela y los Países Bajos fueron bastante complicadas hasta 1921. A finales de 1902, una vez terminado el ciclo de constantes guerras civiles entre caudillos a partir de la Independencia y la muerte de Simón Bolívar en 1830, la joven República -entonces al mando del general Cipriano Castro-, fue objeto de graves amenazas por parte de algunos países europeos a causa del impago de deudas contraídas desde el siglo XIX, en el contexto de un nuevo perfil geopolítico para América Latina y el Caribe. El 9 de diciembre, quince barcos de la armada británica y alemana atacaron el puerto de La Guaira, desembarcaron tropas y se dirigieron a Caracas para rescatar a sus representantes diplomáticos y connacionales; días después arribaron buques españoles, belgas, holandeses e italianos que bloquearon las costas de Maracaibo, Puerto Cabello, Coro, Guanta, Carenero, Cumaná, Carúpano y el

Delta del Orinoco. El asedio internacional terminó el 13 de febrero de 1903, al intervenir los Estados Unidos como mediador.

Cinco años más tarde, en abril de 1908, Cipriano Castro expulsó al embajador holandés y ordenó requisar en el Caribe todos los buques que llevaran bandera holandesa, generando reacciones hostiles sobre todo entre los comerciantes y exportadores de las vecinas islas de Aruba y Curazao; así, en medio de una creciente crisis diplomática, las relaciones bilaterales se rompieron el 28 de julio. A finales de año, Países Bajos envió de nuevo al Caribe tres buques de guerra: el *Jacob Van Heemskerck*, el *Gelderland* y el *Friesland*, con la orden de interceptar los barcos de bandera venezolana y bloquear otra vez los principales puertos del país. Días después, el general Castro tuvo que viajar a Berlín por problemas de salud y el 19 de diciembre el vice Presidente -su compadre Juan Vicente Gómez- asumió por cuenta propia el poder, dando por terminado el conflicto con el gobierno holandés. Las relaciones diplomáticas entre Países Bajos y Venezuela no se restablecieron hasta 1921, luego de la firma de un Tratado en Caracas el 11 de mayo de 1920, al inicio de la era del petróleo.

Quién sabe, entonces, si el abuelo Pedro llegó a Venezuela desde *Humbur* en alguno de aquellos tres buques y decidió quedarse, deslumbrado por la belleza de las costas

donde desembarcó, harto de guerras y de agresiones. Según consta también en el acta de matrimonio, *Matie* era el apellido de su madre, lo que me llevó, finalmente, a buscar alguna pista en lengua neerlandesa. La historia de los apellidos en los Países Bajos es muy curiosa; dicen que antes de la ocupación de Napoleón Bonaparte, sus pobladores se identificaban generalmente mediante patronímicos relacionados con el trabajo que hacían, los rasgos físicos o la procedencia y llevaban nombres como *de Vries* -persona de Frisia-, *de Goot* -alto-, *Vos* -pelirojo-, *Peters* -hijo de Peter-, *Van den Berg* -de la montaña-, *Van Dick* -que vive en un dique-, *Bakker* -panadero-, *Janssen* -hijo de John-, *Visser* -pescador-, *Smit* -herrero-, *Meijer* -el que administra la granja-, *de Boer* -agricultor- o *Mulder* -molinero-. Así, cuando los franceses quisieron hacer un censo para cobrar impuestos, en 1811 obligaron a las familias a utilizar apellidos; la población consideró la imposición como algo temporal y emplearon palabras para reirse de los ocupantes que no conocían el neerlandés. Aparecieron así apellidos que han perdurado como *Schooier* -mendigo-, *Rotmensen* -fétido-, *Piest* -me hago pis-, *Zondervan* -sin apellido-, *Borst* -pechugona-, *Poot* -pata-, *Suikerbuik* -panzón- o *Poepjes* -mierdecilla-.

He encontrado que el vocablo *Matie en neerlandés* podría hacer referencia a una especie de arenque graso y rechoncho;

por tanto, tal vez corresponde a alguno de aquellos apellidos rebeldes que se crearon para burlarse de los invasores franceses. Sin embargo, de *Humbur* no hay rastro alguno, ni en mar ni en tierra, salvo en *Google Earth* donde se ve un hermoso lago en las montañas de Albania de nombre *Liqueni i Humbur -Liquen Perdido-*. *Humbur* en albanés significa algo que ha desaparecido.

Madrid, primavera de 2021

284- En día veintinueve de septiembre de mil novecientos sesenta y dos el presente para parvoco de la Iglesia de Nra Sra de Belén pastoreo solemnemente confesó al Ritual Romano a sus parvoco que nació el dieciséis de Septiembre del presente año a quien puse por nombre JOSE ALBERTO hijo legítimo de Irma Elena Albarrán Cuervo sus padrinos Felix D. Melina y Angélica Melina de Quintero a quienes advertí el presente lo espiritual y obligaciones = Lo que Certifico =
Jn. Carmelo de Castroverde
Jfn. Cap.

285- En día treinta de septiembre de mil novecientos sesenta y dos el presente para parvoco de la Iglesia de Nra Sra de Belén pastoreo solemnemente confesó al Ritual Romano a sus parvoco que nació el dieciséis de agosto del presente año a quien puse por nombre LUIS ALBERTO MONSALVE hijo legítimo de Blas Antonio Escalona y Ana Alicia Monsalve fueron sus padrinos Jorge Quintero y Susarrosa Duran a quienes advertí el presente lo espiritual y obligaciones =
 Lo que Certifico =
Jn. Carmelo de Castroverde
Jfn. Cap.

" OCTUBRE "

286- En día dos de octubre de mil novecientos sesenta y dos el presente para parvoco de la Iglesia de Nra Sra de Belén pastoreo solemnemente confesó al Ritual Romano a sus parvoco que nació el catorce de mayo de mil novecientos cincuenta y nueve a quien puse por nombre MAJIER MERIDA COROMOTO hijo legítimo de Azac Mattie y Luisa Delos Santos fueron sus padrinos Juan Subero y M^{ra} Nevros de Subero a quienes advertí el presente lo espiritual y obligaciones = Lo que Certifico =
Jn. Carmelo de Castroverde
Jfn. Cap.